

Marta dibuja puentes, de Carles Cortés

Presentación de la edición en castellano de *Marta dibuixa ponts*

Alicante, 21 de abril de 2008
Club Información

Buenas tardes.

Agradezco a Carles Cortés la invitación para presentar, junto a él y a Mercedes, el libro *Marta dibuja puentes*. Y Gracias al Club Información, que nos acoge.

Después de la presentación de la edición en catalán en Barcelona, Valencia París, Nápoles y Alicante, entre otras, con profesores tan reconocidos como José Carlos Rovira me siento un poco abrumada, porque será difícil añadir algo distinto a lo que voces tan autorizadas han dicho ya. Voy a intentar dar mi visión particular, que siempre estará sujeta a mi propio imaginario.

Hace treinta y cinco años que salí de la provincia de Toledo para venir a Alicante, por lo tanto me siento tan de esta tierra como de la mía. Además, como he estudiado a destiempo, he tenido la suerte de coincidir en la Universidad con jóvenes como Carles Cortés y ,también, con mi propio hijo, he vivido de cerca los inicios de los programas europeos Erasmus y Leonardo, y conocido a compañeras de mi promoción con lectorados en Alemania, Italia, Inglaterra o Irlanda, por citar algunos, como en el caso de la protagonista de la novela. Tengo, también, cercana la vida de los estudiantes que comparten piso, estudios, amigos, compañeros. Sólo con acercarse al campus se puede comprobar el ir y venir de autocares que diariamente llegan a la Universidad, de Monóvar, como cita la novela, y de otras muchas ciudades, de modo que trataré de hacer un recorrido por algunos aspectos que me han llamado la atención desde la recepción que la lectura me sugiere, acercándolo a mis recuerdos.

Temas y relaciones que encuentro significativas:

1. la complicidad entre abuela y nieta
2. las etapas de estudios: secundaria y Universidad
3. la guerra y la postguerra
4. Alcoy y la industria textil
5. la inmigración, concretamente de Colombia, con el reflejo de la violencia crónica en el país.
6. Nápoles y la sociedad del entorno en el que se mueve la protagonista
7. Alicante y el entorno familiar y social
8. el mar, como una constante

La novela, estructurada en tres partes, está narrada en primera persona por Marta, una joven de treinta y cinco años, que, al regresar a Alicante tras doce de estancia en Nápoles, siente la necesidad de recoger en un cuaderno el recuerdo de los acontecimientos que la marcaron desde su adolescencia hasta el momento de escribir, recuerdos que han determinado su comportamiento en momentos decisivos de su vida. Los títulos de las tres partes, “Los cimientos del puente”, “Los puentes de la vida” y “El hundimiento del puente”, coinciden con las principales etapas vitales, según los estados de ánimo de la protagonista, con las dudas, emociones y pasiones que corresponden a las edades que abarca, adolescencia y juventud; de carácter sensible, afectiva y tímida, advierte que manejan su vida. Así, plantea su viaje a Nápoles como la huida de ese entorno familiar y social que la abrumba, excepto de la abuela, a cuya casa acude diariamente en la etapa de secundaria para hacer los deberes y con la que desarrolla toda una serie de complicidades. La llegada a la Universidad supone un cambio de hábitos, pero la abuela sigue siendo su referente.

La historia se localiza, pues, en dos ciudades, Alicante, la de partida y a la que regresa de nuevo, y la de acogida, Nápoles. Marta viaja con veintitrés años a ocupar una plaza de lectora de catalán por un periodo de tres años, que se convierten en doce. Durante estos años de búsqueda encuentra en la ciudad italiana un espacio propio en los pisos que sucesivamente habita, pero también una ciudad refugio en la que se siente libre. Toda la obra está recorrida por esa necesidad apremiante de encontrar la intimidad en un espacio propio.

No es difícil imaginar el impacto que Nápoles pudo causar en el autor hace todavía poco tiempo, como un descubrimiento. En la subjetividad con la que Marta describe plazas, calles, playas, los pisos en los que ha vivido o en las relaciones de trabajo, podemos ver la mirada de Carles Cortés, con tanta fuerza que lleva al lector a sentir que ha vivido en esos espacios y recreado su luz, imagino que muy parecida a la de Alicante, la de dos ciudades unidas por el mar en el que Marta va trazando puentes, que también nos sirven a nosotros.

La primera parte se inicia con el recuerdo de la abuela Dolores, de cuya muerte se entera algo después por un paquete que recibe de su padre, en el que le envía sus cenizas, la nota que publicó en la prensa local y una carta. La presencia de las cenizas y el olor a manzana verde que desprende es uno de los hilos conductores del relato, presencia que la reconforta en múltiples ocasiones. Pero las cenizas representan mucho más. La abuela, una mujer republicana de gran fuerza, que la inculca el amor por la libertad, es la persona que ha sentido siempre más cercana, más que su madre, que se convierte en su refugio, que comparte sus secretos. Es muy emotiva la imagen en el puerto de Alicante a la puesta del sol, esperando al barco del ejército republicano que se había llevado a su marido para siempre. En muchos documentales, libros, reportajes..., hemos visto mujeres, contemporáneas de la abuela de la protagonista, que con una claridad asombrosa para la edad que ahora tienen defienden aquellos ideales democráticos. Y es un tema puesto de actualidad por las asociaciones para la Recuperación de la Memoria Histórica. Emociona, igualmente, que hayan sido los nietos de los desaparecidos que perdieron la guerra los que han reivindicado la historia silenciada de sus abuelos.

Otros motivos, como el espejo, el color rojo, los geranios, y la casa, especialmente la casa, forman parte del imaginario de la abuela que la acompañan permanentemente, en los que se refugia cada vez que le falta el apoyo de las personas en las que ha depositado su confianza. La necesidad de construir un espacio íntimo la acerca al espacio añorado de la casa en la que estudiaba en su adolescencia, del que sacará fuerzas para ver con esperanza el futuro al final de la novela. Por eso se impone la obligación de escribir los hechos del pasado, para reforzar los cimientos del puente que construye, para enlazar sus vivencias, para entender su vida.

Asociada al recuerdo de la abuela esboza las condiciones de trabajo en las fábricas textiles de Alcoy en la postguerra, con todos los inconvenientes del trabajo de la mujer en un mundo de hombres, en el que debe ocultar su condición de viuda para vivir con tranquilidad; por eso se viste de rojo, para que nadie sospeche. Gracias a la industria textil, papelería y metalúrgica la ciudad de Alcoy tuvo un gran desarrollo en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX cuyo reflejo se manifiesta en la arquitectura de la época.

Más tarde, la oferta de trabajo en una portería la lleva a la ciudad de Alicante para que el padre de Marta, entonces con doce años, pueda asistir a la escuela, a la vez que para cumplir otro objetivo: vivir cerca del mar, de donde partió su marido, y por donde aún alberga la esperanza de su regreso. La presencia constante del mar, el de esta orilla y el de la otra, se convierte en otro hilo conductor del relato.

Me he detenido mucho en el personaje de la abuela por varias razones; la primera, porque Carles Cortés me comentó que se había dado cuenta de que entre los abuelos y los nietos hay una relación especial, como también lo señala Maria-Antònia Oliver en el prólogo, seguramente, dice, porque ninguno de los dos ha conocido a sus abuelas y sienten añoranza de ellas. La segunda es porque tengo un recuerdo afectivo muy importante de mi abuela. Yo sí conocí a una de ellas; no se enfadaba nunca, todos los nietos éramos bien recibidos y siempre salía en nuestra defensa cuando surgía algún problema con nuestros padres. La recuerdo perfectamente. Era una mujer menuda, de espíritu joven, por eso nos entendía. De modo que me agrada mucho que Carles Cortés haya dedicado un espacio tan destacado al personaje de la abuela, decisivo en esta obra.

Por otro lado, incorpora, aunque sin profundizar, el problema de la inmigración, con la introducción de Gladys, la colombiana que la cuida en sus últimos años, y aparece Colombia con la violencia social y política como trasfondo

En la segunda parte, “Los puentes de la vida”, Nápoles se manifiesta como el lugar más importante de la novela; en sus espacios abiertos encuentra nuevos amigos, pasea, trabaja y se enamora Marta; sitúa encuentros decisivos en lugares como el claustro de Santa Clara, construido gracias al impulso de Sancha de Mallorca (p. 91), una referencia histórica española, como la alusión al “castillo aragonés construido por Alfonso el Magnánimo (p. 71). En esta ciudad experimentó la sensación de libertad que la faltaba en casa: “Y tuve, de pronto, unas ganas locas de salir a la calle. De respirar aire puro que en casa parecía faltarme” (p. 99). Y más adelante, “¡Quería perderme! Que Nápoles me tragara, que me hiciera suya, que me poseyera, dentro de las piedras de las fachadas ennegrecidas por el humo de los vehículos, [...] Y las calles próximas al funicular de Montesanto que se estrechaban, cada vez más... y la ropa que colgaba de los balcones, mojada, con el olor a jabón barato, sin demasiado aroma, que impregnaba las paredes de

aquellas calles que me transportaban sin saber adónde. Y una música que sonaba desde una casa”.

Un personaje central es Fabrizio que, junto a su entorno familiar, representan un tipo de sociedad de pocos recursos, con una deficiente educación en la que predomina el pensamiento masculino al que deben plegarse las mujeres, que choca con el carácter abierto inculcado por su abuela. Las desavenencias entre los padres del joven le recuerdan las de los suyos.

En la primera novela de Carles Cortés, *Los sueños de Eva*, encontramos ya algunos elementos de *Marta dibuja puentes*, por ejemplo Nápoles, que también está presente por medio del viaje de la hermana de la protagonista a aquella ciudad, pero en este caso es la abuela quien cuenta a los nietos su historia. Podríamos encontrar otro guiño en la propia historia de la escritura que relaciona también a las dos obras.

Sólo he señalado algunos aspectos que me han atraído, pero quedan por averiguar ¿qué problemas arrastra Marta que la llevan a cambiar de ciudad en dos ocasiones?, ¿qué complicidades establecen la especial relación entre abuela y nieta?, ¿por qué la relación con sus padres es menos afectiva?, ¿quién es Fabrizio?, ¿qué sucede en Nápoles para que huya otra vez, ahora hacia la ciudad de la que partió?, ¿en qué momento se siente preparada para iniciar una nueva y esperanzadora etapa?, ¿por qué siente la necesidad de escribir? Es una tarea que dejo para los lectores.

Debo decir, para terminar, que la novela se lee casi de un tirón, la historia te atrapa desde el primer momento, porque se produce una identificación con los problemas que sufre la protagonista, problemas de adolescentes y jóvenes de ahora mismo, pues el momento de la escritura en la ficción se puede situar alrededor del año 2000.

Particularmente me gusta mucho cómo el autor ha manejado la estructura temporal del relato, la forma en que el recuerdo vuelve una y otra vez sobre la narración del tiempo cercano, sobre el tiempo principal, es decir, cómo maneja el *flash back*, para ir narrando los acontecimientos de diversas épocas y que queden encajados en la trama de modo que el lector vaya componiendo la historia.

El lenguaje es directo, y llamativa la forma en que los diálogos están integrados en el discurso, como una continuidad. También quisiera resaltar la imaginación que pone en boca de Marta para “ver” el rostro de su abuela, con toda la fuerza moral que representa en momentos en los que no encuentra asidero para seguir adelante. La imaginación, tan necesaria para escribir una buena historia, como la que hoy presentamos.

Recomiendo su lectura, no sólo porque la trama engancha, sino porque nos vamos a sentir retratados en la mayoría de las situaciones, en los paisajes y, algunos, aunque tengamos algo lejanos estos años, como el espíritu lo tenemos aún joven, podemos sentirnos hasta casi en el papel de protagonistas.

Me gusta, también, que Marta regrese a sus orígenes. Creo que voy a enviar la novela a mi hijo, a ver si cunde el ejemplo. Se marchó hace doce años, pero no tiene ni intención de regresar.

Quisiera decir que terminé de leer *Marta dibuja puentes* en el vuelo de regreso de Argentina durante las vacaciones de Semana Santa, y se me ocurre que se pueden dibujar nuevos puentes un poco más allá, con otro mar, con otras orillas, culturalmente cercanas.

Sólo me queda felicitar a Carles por esta edición, por los premios recibidos que acreditan la calidad de su obra, por esta excelente novela que nos hace reflexionar sobre nosotros mismos y por escribir sobre temas tan actuales, con los que muchas personas nos sentimos identificadas.

Muchas gracias

Conchi Agüero
Club de Lectura